

por ricardo doménech

"cuando el viejo simbad vuelva a las islas", de alvaro cunqueiro

ALVARO Cunqueiro ha dirigido las revistas «Vértices» y «Santo y Señas», y sus artículos han aparecido en numerosos periódicos y revistas. También ha publicado libros, como «Las Mocedades de Ulises», «Merlín y Familias», «San Gonzalo», «Cantiga nova que se chama Riveiras» —que obtuvo el premio «Gil Vicente», etc., etc. Cunqueiro es gallego, tiene actualmente 52 años y vive en Mondoñedo.

¿Qué es «Cuando el viejo Simbad vuelva a las islas»? (Editorial ARGOS-Barcelona, 1962). Por lo pronto, es una recreación lírica, libre y personalísima, del viejo mito. En general, las características de la obra de Cunqueiro han sido hasta ahora una gran preocupación formal, una prosa poetizada y cuidada hasta el extremo, y un voluntario afán por huir de la realidad y llevar al lector a un mundo de ficción y sumergirle en él. «Cuando el viejo Simbad vuelva a las islas» participa especialmente de estas características de su autor. Es, digámoslo así, una obra típicamente cunqueiriana.

De tres partes consta «Cuando el viejo Simbad vuelva a las islas»: «Retrato del dicho Simbad el marino», «Visperas de viajes» y «Navegaciones y naufragios». Hay, además, unos apéndices: «Plática de mares arábigos que hizo Simbad el marino en Chipre a los pilotos griegos, según fue recogida por Teotikes Papadópulos de Esmirnas», «Escenas segunda y vigesimoquinta de la pieza de teatro chino llamada La dama que engañada por un demonio elegante quiso comprarle al viento la perdiz que hablaba, o la verdadera historia de un mandarín que por no gastar quedó cornudo», y un «Retrato de la viuda Alba», así como también un singular índice de personajes. Sólo estos títulos ya dan una idea aproximada del contenido. Por supuesto, el señor Cunqueiro no va a mostrarnos ninguno de los problemas que constituyen una preocupación grave en nuestro tiempo. Tampoco va a enfrentarse con los graves misterios del hombre y de la vida. Su visión de las cosas es amable y superficial, ingenia, desprovista de una dimensión ideológica o filosófica que enderece su relato. «Cuando el viejo Simbad vuelva a las islas» es la típica obra de evasión. Debo reconocer —no obstante su forma arcaizante— su calidad literaria. Pero debo confesar también que me ha interesado muy poco. Es como una cáscara sin nuez.

"revista de occidente"

Aunque no se trate de un libro propiamente dicho, no puedo por menos de recoger en esta sección un hecho importante en la vida literaria: la reaparición, después de largos años, de la «Revista de Occidente», importante publicación en la vida intelectual española, que fundó don José Ortega y Gasset en 1923. En este primer número de su nueva época, la «Revista de Occidente» incluye un texto inédito de García Lorca, y numerosos trabajos de intelectuales de primera línea: Zubiri, Oppenheimer, L. de Broglie, Victoria Ocampo, Antonio Espina, Fernando Chueca, Lluís Enríquez, J. L. Sampedro, Rafael Lapasa, Garagorri, Maravall, Aranguren, etc. Lleva también unas líneas iniciales de don José Ortega Spottorno, hijo del filósofo.

La «Revista de Occidente» tiene por delante un largo camino que recorrer y va a ser un camino difícil. Por lo pronto, a la «Revista de Occidente» ya se le han puesto, desde distintas —aunque en el fondo parecidas— posiciones, numerosos reparos, entre ellos el de no estar al día. Eso es en parte cierto. (Uno se pregunta, no obstante, si los autores de esas críticas serían capaces de hacer una revista que de verdad respondiese a las exigencias contemporáneas y, en caso afirmativo, por qué no la han hecho). Es cierto, y yo deseo que deje de serlo. Sé perfectamente que la «Revista de Occidente» no llegará a ser nunca lo que es «Los Tiempos Modernos», pongo por caso. Con todo, la «Revista de Occidente» puede dar una importante batalla en nuestro actual panorama de quietismo cultural. Puede hacerlo y yo espero que lo haga. Aunque sólo sea para no hacer cierta aquella definición poco afortunada que, llevado por sus conocidos humores, hizo de ella Juan Ramón Jiménez: que mejor haría en llamarse la «Revista del Desorientado».

UN ESPAÑOL QUE VIO CLARO A TIEMPO

Por Francisco Casares

ES legítimo que cuando se dan, en la vida de los pueblos, circunstancias que representan la victoria de una manifestación —nueva o tradicional— se exhume el recuerdo de quienes en el mismo quehacer o empeño fueron precursores. Así ocurre ahora con el turismo, tan de moda, tan fundamental desde todos los puntos de vista. Por eso, lo mismo que recordaba, no hace mucho, en estas páginas, al marqués de la Vega-Inclán, a cuya memoria se había rendido homenaje en el parador de Gredos, iniciativa de aquel insigne prócer español, me parece de justicia subrayar el premio que el Jefe del Estado ha discernido a don Diego Quiroga y Losada, marqués de Santa María del Villar, que ha dedicado gran parte de su vida a recorrer caminos y vericuetos de nuestra geografía, con su máquina fotográfica colgada del hombro, para plasmar las bellezas naturales y artísticas en la más notable y numerosa colección que nadie haya logrado. Y eso que, durante la guerra civil, la barbarie roja le asaltó el hogar, el archivo, el laboratorio y cuanto tenía. Ese justo premio que el Caudillo ha concedido a Santa María del Villar es la Gran Cruz de Isabel la Católica.

Tiene el marqués, actualmente, ochenta y dos años. Coincidiendo con el día en que cumplía los ochenta, me cupo la satisfacción de entregarle, en San Sebastián, la Medalla de Oro de la Féct (Federación Española de Centros de Iniciativa y Turismo), que se otorga a aquellos que más se han distinguido por su labor en la actividad de fomentar el turismo interior. Nadie con más merecimiento que este veterano, luchador infatigable, enamorado de su patria, que ha captado lo mejor de ella en sus admirables fotos y que ha escrito millares de artículos, para divulgar paisajes y monumentos. Ha sido, la suya, una entrega fervorosa, entusiasta y abnegada. Y con el mérito singular de haber intuido lo que habría de ser España para los extranjeros y para los propios españoles, aficionados a viajar. El turista es el hombre que satisface el ansia espiritual de andar y ver. El hizo más. Fue el gran divulgador, y ha prestado, con su afán silencioso y su fecundo comparecer en los lugares más recónditos y pintorescos, el servicio de despertar la devoción y estimular el interés de quienes, ante sus testimonios gráficos y literarios, sintieron nacer —renacer, en algunos casos— el deseo de acercarse a los bellos parajes que él fue «descubriendo».

Enaltecimiento —por lo menos, justo reconocimiento— para los que supieron adelantarse a lo que había de llegar. Este fue el significado de la presencia y las palabras del ministro de Información y Turismo —no se olvide este segundo «apellido» del departamento— al inaugurarse la lápida que, en Gredos, perpetúa la memoria y la obra de don Benigno de la Vega-Inclán. Y esto mismo simboliza la condecoración que Franco ha concedido a don Diego Quiroga y Losada. Los dos, precursores. Como lo han sido los antiguos Sindicatos de Iniciativa y Turismo, cuya benemérita actuación se mantuvo, a través de los años, en incomprensible penumbra, habiendo sido una muestra semejante de la visión anticipada y clara del auge que esta actividad receptiva habría de alcanzar. En estas horas gozosas, en que muchos «descubren los mediterráneos turísticos de España», es de justicia subrayar el acierto y el mérito de los adelantados, heraldos inteligentes de una floración que a todos nos orgullece.

Tuvo el marqués, en su dilatada y fecunda vida y en sus devociones, por lo que actualmente adquiere tan decisivo impulso, una actitud de modestia ejemplar. Don Alfonso XIII quiso nombrarle Comisario Regio de Turismo, la misma encomienda honrosa que aceptó Vega-Inclán. Y declinó el honor porque le pareció que era más útil recorriendo caminos, subiendo a las montañas, bajando a los llanos, dejando, en su inigualable colección, la impronta de sus sagaces captaciones. Se le va a tributar un homenaje, pese a que la muralla de su sencillez pretende declinar, también, un acto de tan justo carácter. Pero no se lo permitiremos. Yo, a mi vez, pretendo ser igualmente precursor y me adelanto con el cumplimento de mis cordiales pleitesías, al glosar, en esta crónica, su personalidad y su ingente, magnífica labor de sesenta y cinco años.

Si, aunque él no quiera, le haremos saber cuánto le tiene que agradecer España. Y el turismo nacional. Y si hubo, en su largo vivir, decepciones y motivos de mortificación —la ingratitud es achaque que difícilmente se enmienda— bien está que el ilustre aristócrata se dé cuenta de que somos muchos los que no olvidamos su trascendente labor por lo que, ahora, en natural, explicable fenómeno, interesa a los que se incorporan, eufóricamente, a convicciones y destajos que parecieron empeño de ilusos. Lo era de clarividentes, que no es lo mismo. Y el marqués de Santa María del Villar, uno de ellos, muy destacadamente.